

Totila Albert juzga el ambiente artístico de Chile

Lo que se hace y lo que debe hacerse. --A lo que conducen los "premios". -- La indiferencia del público rico. -- General cobardía de opinar. -- Cómo debiera hacerse la educación artística del público. -- En vez de mausoleo de los artistas debiera instituirse el homenaje al "Artista desconocido."

De una charla con Totila Albert surgen innumerables ideas y hermosos proyectos.

A poco de ahondar en el cerebro del gran escultor se ve al artista culto, de fácil comprensión, empapado en sanas ideas de difusión cultural.

"El arte no es para divertir" — dice con voz tranquila y serena, con la firmeza del que defiende un culto. — El arte es el producto del espíritu, la labor del cerebro. Para hacer su obra el artista ha debido despojarse de la miseria humana, y elevarse envuelto en bellos ideales de perfección.

Es necesario, pues — agrega — dignificar a ese obrero que labora para los espíritus cultos.

— ¿Y cómo hacer, en estos pueblos jóvenes, para obtener del público una comprensión del arte, para llegar a lo que sólo alcanzan los viejos pueblos de Europa?

— He ahí el trabajo que corresponde a los escritores: enseñar siempre en todo momento y por cualquier motivo; exponer ideas, sin prejuicio, e informando de lo que se hace en pueblos más adelantados. Es incalculable el bien que hacen las revistas y los diarios que dedican páginas a artículos y reproducciones de obras de arte. Esa es la manera de enseñar, de hacer comprender.

Los concursos. — Premios y recompensas

— ¿Qué opina de las exposiciones oficiales, premios, recompensas, etc.?

— Todo eso conduce a la perversión del arte. Con premios o recompensas ni se enseña, ni se estimula.

En primer lugar — agrega — ¿quién juzgan en un concurso? Personas que tienen tales o cuales gustos u opiniones sobre escuelas o tendencias. Entonces o incluyen obra mediocre o excluyen obra buena. Viene después la clasificación y con ello sucede lo siguiente: siembran discordia y envidias. El artista, conociendo el jurado, hace obra que agrada a ese jurado. Los rebeldes, los que no se sujetan a una norma, los que trabajan libremente, no agradan al jurado y quedan excluidos. Entonces el artista se pervierte trabajando dentro de un molde: los rezagados se desconsuelan viéndose artificialmente aventajados por otros. Con respecto al público, el resultado es aún peor. Cree que lo premiado es lo mejor y por eso guía su gusto; y se desorienta. De ahí que el público nuestro no sepa distinguir lo bueno de lo malo.

El público rico

Hay un público pudiente, el público rico, que podría hacer mucho en bien de la cultura. Ese público tiene a su alcance todo lo necesario para tener cultura: viajar, leer, estudiar, etc. Pero no hace nada porque tiene el prejuicio de lo europeo. Para los ricos americanos, sólo lo europeo vale. Puede haber obra valiosísima aquí, de autores nacionales; pero el público rico no la adquiere porque no le agrada el nombre del artista.

Todo lo que se puede avanzar en Chile en cultura, será obra de los extranjeros, salvo, naturalmente, raros ejemplos de chilenos que han cultivado su espíritu y se han librado de torpes prejuicios.

Es aplastante la indiferencia del público rico por la obra de arte. Aquí no se habla otra cosa, que de acciones de bolsa, de política o de problemillas familiares.

La cobardía de opinar

— ¿Y la actitud del público ante las obras de arte?

— ¡Ah! Es una cosa atroz la cobardía del público. Aplauda todo con una inconsciencia lamentable.

Va un ejemplo. En un concierto en Santiago, Claudio Arrau tocó algo de un músico modernísimo, de una técnica endemoniada y desagradable al oído; es un autor que ni en Europa se comprende aún. Los pocos que entienden música, asistentes al concierto, creyeron que el público iría a romper en una rechifla o por lo menos iría a guardar un silencio profundo en señal de desaprobación (eso habría sido una prueba de comprensión). ¿Saben ustedes lo que sucedió? Termina Arrau la ejecución y el público prorrumpe en una verdadera ovación. ¿Por qué aplaudía?

Puede suceder lo contrario. Un artista a quien hay derecho a exigirle buena presentación, ofrece una obra mediocre y el público no protesta; aplaude.

Hay una exposición de pintura: una colección de mamarrachos; el público va, observa; pero no dice: "esto es malo". No se discute en las exposiciones; sin embargo, cada uno que va sale pontificando, "pelando", como se dice vulgarmente, porque así le parece. ¡Cuánto bien se haría si se discutiera, aprobara o desaprobaba, en las mismas exposiciones o en los sitios donde se ofrece la obra!

A propósito de mi exposición en Santiago — agrega Totila Albert — me sucedió algo desconcertante. Fue aquello una obsesión del público; invadió el local para ver mis esculturas. Me propuse cambiar ideas, hacer comprender mi obra, atender al que quisiera oírme. Pues bien; durante todos los días que estuvo abierta la exposición, estuve discutiendo, gritando, exponiendo razones; pero creo que ni uno hubo que quisiera comprender. Hay una profunda pretensión de saberlo todo y una obstinación por no dejar penetrar una idea ajena a las ya adquiridas.

Debo hablar — a este respecto — de un marcado espíritu de afrancesamiento que se observa en todo. Puede decirse que aquí todos son "afrancesados" y esto es enormemente perjudicial.

No quiero que se crea que voy contra el arte francés. No. El arte de Francia vale; sus artistas son grandes; pero, por cada rama del arte francés hay legiones de "imitadores" que lo desprecian. Y como los latinoamericanos tienen



TOTILA ALBERT. Caricatura del dibujante Málaga

sus ojos puestos en París, todo lo ven a través de lo francés. Es necesario mirar hacia otros países. Son innumerables las fuentes de investigación y de cultura para los que quieren aprender.

EL ARTE NUEVO EN EUROPA. — EL "STURN"

— ¿Se ha abierto campo el arte nuevo en Europa?

— Es incontrarrestable la fuerza con que avanza el arte nuevo. Para darles una idea de la proporción en que están las tendencias nuevas con respecto a las viejas, podríamos decir que la mitad del público es partidario del arte nuevo, de los nuevos valores. Y este público no se ha formado por "snobismo" sino por comprensión; por asimilación de las ideas nuevas.

Voy a darles un detalle de cómo se exteriorizó en Berlín el arte cubista. Se hablaba ya de cubismo: se hacía cubismo; pero no aparecía de lleno al público. Las exposiciones y los comerciantes lo obstaculizaban por temor. Pero he aquí que surgió un comerciante atrevido que estableció en una de las calles más centrales de Berlín un salón de exposiciones que se llamó — y llama — el "Sturm"; que significa, el trueno, el estampido, dedicado únicamente al arte cubista. Principió a recolectar lo mejor del cubismo y a exponerlo al público; éste no acudía; poco después principió a entrar por espíritu de novedad. Mientras tanto el comerciante hablaba a los cuatro vientos del "cubismo" y del arte cubista. Se impuso el arte nuevo, el cubismo, en forma tal que hoy el personaje aludido es el comerciante de arte más famoso de Berlín. Y conste que nunca ha vendido nada más que arte cubista.

COMO DEBE EDUCARSE AL PÚBLICO EN EL ARTE

— ¿Cómo cree usted que debiera hacerse en el público la educación artística?

Este hermoso y gran problema debiera ser obra del Gobierno. Debiera crearse el Ministerio de Educación Artística, que comprendiera todas las ramas del arte. Este Ministerio contrataría artistas en Europa y los traería para que enseñaran en todo el país. A la vez, se adquirirían obras de arte de todas las escuelas, colecciones en que se viera desde lo académico hasta lo más avanzado o revolucionario. Frente a estas obras, se darían las conferencias educacionales. Estas exposiciones y conferencias estarían por lo regular ubicadas en los establecimientos de educación, y en determinados días del año se las haría públicas.

Así se formaría una juventud a la vez amante del arte, conocedora de escuelas y tendencias y capaz de discernir.

Monumento al artista desconocido

El talento del entusiasta artista se desborda sobre hermosos temas dedicados a nuestro país.

— ¿Por qué desconfiar — dice — de que se pueda hacer algo grande, digno de ejemplo no sólo para los pueblos americanos, sino también para los de Europa?

No hace mucho — agrega — una influyente personalidad de Santiago me insinuaba la idea de construir el Mausoleo de los Artistas, donde fueran a descansar los restos de todos nuestros artistas. Se juzga fácil realizar esta obra. Pero yo le insinué otra idea, más grande y más hermosa, que daría lustre a Chile: el homenaje al artista, que podría traducirse en el "Monumento al artista desconocido", el más hermoso símbolo de homenaje al arte.

Es necesario principiar por levantar el nivel social del artista; entre nosotros, "artista" es un si-

nónimo de vagabundo, flojo, y hasta de corrompido. Debemos primeramente destruir esa idea y hacer comprender que el artista es el soñador infatigable, que anhela un ideal superior; que es el labrador cuya obra se sobrepone al tiempo.

El primer paso sería instituir "el día del artista", para todo el país. En ese día se harían grandes fiestas de puro arte y conferencias educativas.

Veamos, ahora, qué significaría el "monumento al artista desconocido", ante los demás pueblos cultos. Sería un ejemplo que tendría que registrar la historia escrito con caracteres imborrables; una nueva Atenas se levantaría en Sud América.

¿Es esto una utopía? No. Es una cosa fácil de realizar. Sólo falta el brazo ejecutor; y en este país hay muchos hombres pudientes, bien intencionados y capaces de las más hermosas obras.

Con un fervor y una elocuencia dignos de los artistas que llevan dentro un gran ideal, siguió hablándonos Totila Albert durante largo rato sobre este hermoso tema, y explicando con nitidez la posibilidad de realizar la idea del homenaje al artista.

V.